

LA CRISIS DE LOS CUARENTA

RESUMEN:

El artículo recorre los 40 años transcurridos desde el Vaticano II, desde la perspectiva de la vida consagrada. Para esto utiliza la imagen de la “crisis de los 40” que suele darse en las personas hacia la mitad de la vida. Al mismo tiempo hace el paralelo de lo sucedido en este tiempo de la vida religiosa con las estaciones del año. Destaca dos primeras etapas incluidas en la modernidad: la explosión de vida (primavera) que supuso el Concilio, y los primeros signos de desgaste y cuestionamientos que le siguieron (verano y anuncios del otoño). Se compara la posmodernidad, tercera etapa, con la plenitud del otoño, “que nos hizo bien” y el invierno, que se considera como la enrucijada epocal que vive hoy la vida religiosa. Desde aquí, se repasan algunas perspectivas que señala nuestro presente (parte 4). En la quinta parte se recoge lo medular de dichas perspectivas y se las profundiza en torno al tema de la *identidad de la vida religiosa*, como la clave que puede abrir un camino luminoso para esta forma de vida en la Iglesia.

Palabras clave: vida consagrada - vida religiosa - excelencia objetiva - Vaticano II - visibilidad - identidad

ABSTRACT:

This paper envisions these 40 years lived from Vatican Council II, through the perspective of consecrate life. It does it using the image of “the crisis of the forties”, which is usually lived by people around the middle of life. At the same time, it makes a parallel between what happened in all these years and the stations of the year. It

highlights two initial stages included in Modernity: the explosion of life (spring) that the Council brought about, and the first signs of wear and tear, as well as controversies that followed up (summer and announcements of autumn). It then compares post modernity, the third stage, with the fullness of autumn, “which was positive for us”, and winter, which is considered as a crossroads of this time such as it is lived today by Religious life. From here on, it goes over some perspectives made possible by our present (part 4). Part 5 picks up the core of those perspectives and it deepens into the identity of Religious life, as the key to a new path full of life for this call in our Church today.

Key Words: consecrate life, religious life, objective excellence, II Vatican Council, visibility, identity.

“Las penurias y apreturas que trae consigo la crisis de la mitad de la vida son para Tauler solamente los dolores de parto del nacimiento de Dios en el hombre. En la apretura de esta crisis Dios impulsa a los hombres a que se vuelvan al fondo de su alma, a que reconozcan su impotencia y debilidades y se abandonen completamente en el Espíritu Santo de Dios. Cuando se abandona todo lo que puede ser impedimento de la acción de Dios entonces puede Él nacer en el fondo del alma”.¹

Nos proponemos hacer un breve recorrido de los 40 años de vida religiosa que hemos vivido desde *Perfectae Charitatis*. Como metáfora usamos la de la crisis que se da en el ser humano en esa mitad de la vida. Como parábola, comparamos las etapas de estos años con las estaciones.

Este recorrido ocupa las tres primeras partes del trabajo. En la cuarta indicamos algunas perspectivas que marcan nuestro presente y que nos abren al futuro. La reflexión desemboca en una hipótesis sobre la importancia evaluar el recorrido y enfocar el interés sobre la identidad de la vida religiosa.

1. La modernidad (a): así llegó la primavera

¿Cuántos años atrás se había quedado la Iglesia respecto del mundo y su cultura? Era una gran dificultad para vivir la fe. Contradecía lo que

1. A. GRÜN, OSB, “La mitad de la vida como tarea espiritual”, *La crisis de los 40-50 años*⁵, Madrid, Narcea, 1993, 73; cf. R. GUARDINI, “La aceptación de sí mismo y las edades de la vida”, Buenos Aires, Lumen, 1993.

uno parecía escuchar en el evangelio. Alejaba a la gente de sus pastores, a la fe de sus fuentes, a la piedad de la vida.

Pero el contexto general de la vida de la Iglesia no era el ámbito más irritante; el síntoma agudo se concentraba en la vida religiosa. La vida religiosa, nos animamos a decir, condensaba los elementos más retrógrados de la vivencia del cristianismo en esos momentos, y en ese sentido era un emergente especial de los mismos: evidenciaba como valores: la clausura hacia el mundo, una espiritualidad dolorista, la postura defensiva, la misión y la santidad que no se integraban, la búsqueda de la perfección “a pesar-de” la actividad apostólica, la “perfección” concretada en una multiplicidad de normas y estructuras rígidas. Como en todo problema que se da en el nivel de la relación entre fe y cultura, el lenguaje de los signos y de los símbolos se había vuelto incomprensible. Y la vida parecía que tenía que deshumanizarse para ser religiosa: sí, una gran desconfianza hacia lo humano, como contrario a lo divino.

El Vaticano II, entonces, que fue significativo para toda la Iglesia, para el mundo occidental, y también para oriente, fue, para la vida religiosa, algo *totalmente maravilloso*.

El Concilio, fue como un milagro: concentró y efectivizó la gracia, la magia y la excelencia de una apertura hacia atrás y hacia adelante: hacia las fuentes de donde había manado la vida y hacia el Dios que viene en la historia.

Los cambios fueron enormes y liberadores:

1.1. *La apertura al mundo, a la sociedad y a la cultura:* empezando a mirar todo esto de lo que somos parte sin temor, y con misericordia, como lugar de encuentro con Dios, como llamada y misión.

1.2. *La vuelta a las fuentes:* que suponía reencontrarse antes que nada con la Palabra de Dios: volver a poner en manos de l@s religios@s la Biblia, y tomar estas palabras genuinas de amor y salvación como la fuente de toda la vida espiritual. Junto con los sacramentos, en los que se empezaba a usar la lengua propia. La otra raíz a la que volvía este árbol añejo y reverdecido era el espíritu de los fundadores. El Concilio también nos volvió a conectar con la vida, con los escritos, con el carisma de nuestr@s fundadores.

1.3. *La liberación en las relaciones humanas:* primeramente hacia dentro de la comunidad, perdiendo el miedo al diálogo, a compartir fraternalmente la vida de cada día, lo que hacemos y lo que padecemos, lo

que gozamos y lo que sufrimos, los sucesos de la vecindad, así como los de la Iglesia y los del mundo, los sueños, los proyectos y los fracasos, lo simple y lo complicado, y empezando a balbucear –a veces a los gritos, por cierto- las palabras del diálogo como mejor manera de resolver los problemas y de trabajar en equipo.

1.4. La vuelta a la normalidad de la vida:

“la norma de vida, de oración y de trabajo ha de estar en consonancia con las condiciones físicas y psíquicas actuales de los miembros, y, según lo requiera el carácter de cada instituto, con las necesidades del apostolado, con las exigencias de la cultura y con las circunstancias sociales y económicas... Y adapátese (las constituciones y otros libros) a los documentos de este sagrado Concilio, suprimiendo todo lo anticuado” (PC 3)

Los votos, generalmente de pobreza, castidad (celibato) y obediencia no expresan sectores de la persona que se consagran a Dios, sino la consagración en la radicalidad de toda la persona y su vida. ¿De qué manera esto tiene que influir en las condiciones de vida de los religiosos, en la vivienda, el vestido, el trabajo, la vida social, la recreación, la comida...? Son preguntas que todavía siguen buscando respuestas. Pero en ese momento, esta palabra, “normalidad” fue muy importante en el baño regenerador a través del cual nos desentumeció el Concilio. Fue un logro irreversible, que afectó al corazón y al rostro de los consagrados. Volveremos sobre el tema.

1.5. *La obediencia con diálogo y como ejercicio de la libertad.* Es otro de los aspectos en los que no se creaba algo nuevo, sino que se volvía a los orígenes, se recuperaba la transparencia de estos dones inalienables que Dios nos ha dado, y que la obediencia no anula, sino que lleva a su plenitud. La libertad que resplandece en el insertarse voluntariamente en el proyecto de Dios, y el proyecto de Dios que para ser descubierto en las situaciones concretas necesita tanto de la mediación humana de los superiores como de la luz que el Espíritu Santo comunica a las personas involucradas.

1.6. *La formación*

“La renovación adecuada de los institutos depende sobre todo de la formación de sus miembros. Por tanto, los hermanos no clérigos y las religiosas no sean destinados inmediatamente después del noviciado a obras apostólicas, sino que debe continuarse convenientemente en casas apropiadas su instrucción religiosa y apostólica, doctrinal y técnica, obteniendo incluso títulos convenientes.

Mas para que esta adaptación de la vida religiosa a las exigencias de nuestros tiempos no sea meramente externa, y a fin de que los que son destinados por el instituto al apostolado externo no sean incapaces de desempeñar su cometido, deben instruirse convenientemente según la capacidad intelectual y la indole personal de cada uno sobre las costumbres reinantes y en las normas de sentir y de pensar de la vida social moderna. La formación ha de orientarse de manera que por la compenetración armónica de sus elementos contribuya a la unidad de vida de sus miembros” (PC 18)

Se hizo mucho por la formación de los religiosos. En la primera y larga época, se abrió ancho espacio a la experimentación. Para los que en ese tiempo éramos *jovencísim@s formand@s* resultaba difícil saber cuánto tiempo “durarían” nuestros votos o cuándo llegaría la profesión perpetua. Sana experimentación, que la Iglesia promovió en esos años; camino que la Iglesia acompañó, desde la Instrucción de la Sagrada Congregación de los Religiosos *Renovationis Causam* (6 de enero 1969) hasta las *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, de la misma Congregación (2 de febrero 1990): 20 de estos 40 años recorridos, fueron dedicados a madurar el tema de la formación. Que es una de las áreas en las que se sigue buscando, quizás por no escuchar suficientemente las palabras sabias de esos documentos.

2. La modernidad (b), que fue transformándose en verano (primero con todo el brillo del sol y los frutos de 1966-1970, más adelante con el asomo de vientos que se llevan las hojas amarillentas, y los atardeceres adelantándose, y los frutos que ya no se ven)

Detrás de tanto entusiasmo, de tanta vitalidad generosa, vinieron años más duros, en los que las luces parecían cuajar en ideologías, y donde el discernimiento, muchas veces buscado y proclamado, no llegó a encontrar caminos más claros hacia el futuro, aunque intentándolo siempre.

Hagamos un repaso y síntesis de lo apuntado en la primera etapa de la modernidad:

- El eje de la espiritualidad, en ese tiempo, transcurría a partir del encuentro con las propias raíces, tanto evangélicas como institucionales: la oración, los sacramentos, el encuentro con la Palabra de Dios leída, estudiada y rezada en la Biblia, los escritos fundacionales, la renovación de las constituciones.

- El eje de la vida y la misión, podríamos decir, “en el otro extremo”, lo configuraba la apertura hacia el mundo, la mirada positiva hacia la sociedad, la cultura; la simpatía como actitud de base, fundante, la capacidad de conectar con las personas y los pueblos, con sus “gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo”.
- Y el eje de la radicalidad, poco a poco y muy firmemente, se fue entramando en la opción por los pobres, con el enunciado de la cual se completaba esa primer frase de la Constitución Pastoral: “... sobre todo de los pobres y de los que sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. No hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.
- En este eje, se puso lo mejor de la vocación y la vida de l@s religiosos@s. Es lo que hacía vibrar, lo que hacía optar, lo que nos llevaba a reunirnos, pensar, viajar, rezar, leer, organizar cursillos, prender la TV, sacrificarnos, escribir, hablar y también gritar, estudiar un poco y recorrer calles y barrios mucho más. Esto se daba en el marco de los sesenta y los setenta: un mundo occidental dominado por las ideologías, y donde el marxismo también influyó en las teologías de la liberación, al mismo tiempo que estas teologías eran fuertemente inspiradas por el evangelio, que no es una ideología.

Hubo muchas derivaciones, excesos, desviaciones y errores. Pero seguramente hubo, y hay aún en muchas y muchos, el expresar la radicalidad de la consagración a Dios en esta opción por los pobres, cuyo caudal estremecedor empataba radicalidad y situación social. La radicalidad cuyo deseo y cuya urgencia está en el origen de toda vocación religiosa, de toda conversión de las y los religiosos. El contacto con los pobres y con la pobreza fue un factor de conversión. Conversión cuya madurez ha resplandecido en el martirio de muchas hermanas y hermanos que se jugaron por Jesús reconocido y amado hasta el extremo en los más pobres.

Los errores caminaron por el lado de la ideologización de esta opción evangélica. El primer impulso del Concilio se fue desgastando, desvirtuando, no sólo en este aspecto. Este eje, sin dejar de canalizar la radicalidad, en ocasiones, “se comió” otras áreas:

- El eje de la espiritualidad con frecuencia terminó cambiando la capilla por la calle, la importancia por la urgencia, la mansedumbre por la violencia, la escucha por el grito. Perdió la óptica. Se empezó a rezar menos, sobre todo a escuchar menos: a Dios, a los demás, a la Iglesia jerárquica y no jerárquica... Se empezó a moralizar demasiado, olvidando o posponiendo la primacía de la gracia, la fiesta diaria de la Eucaristía. Se vivía entonces la entrega crispadamente, se hipostasiaba “el compromiso”, se olvidaba que todo es don. Y se perdía la paz, la del corazón y la de las relaciones humanas. La comunidad dejó muchas veces de ser lugar de encuentro gratuito y de compartir la gracia que es la vida.
- Y el eje de la misión, que había sido gozosamente anunciado por el Concilio como la capacidad de sintonizar con la gente, como nos enseñó el Yahvé del Éxodo y, mucho más aún, el Dios y el Jesús de la Encarnación y del Evangelio, olvidó muchas veces la escucha con el otro oído, la escucha y el oído puesto en ese Evangelio, en ese nuestro Dios Encarnado y Trascendente en su inmanencia. La sal fácilmente se volvió insípida, y dejó de notarse, la radicalidad perdió gusto, fuerza y relevancia. Y en medio de tanto ruido, ya nadie se planteaba la vocación religiosa.

3. La posmodernidad: un otoño que nos hizo bien, un invierno que fue y que es duro

La sensibilidad posmoderna nos volvió, en primer lugar, hacia la oración. Y con la vuelta a la oración volvieron las vocaciones. No es que Dios hubiera dejado de hablar y de llamar, pero en medio de la batahola posconciliar era difícil escucharlo. ¿Alguno de uds. trató de introducir en la oración a los jóvenes de los últimos 60 y de los primeros 70? Era imposible. El tema resbalaba. Y casi de pronto, los jóvenes, animados por mujeres y varones de Dios, que sentían y pensaban pastoralmente, empezaron a pedir la oración. Peregrinaron a Luján. Hicieron grupos de oración. Volvimos a cambiar convivencias por retiros. Los movimientos empezaron a reclamarnos a los religiosos esta exigencia de la oración. También el Espíritu Santo, con sus seguidores carismáticos.

Todo esto sucedía en la noche y en el silencio. En la noche de la guerrilla y de la dictadura, en la noche del miedo y de los desaparecidos, en

la noche también de las primeras evaluaciones, los primeros y tímidos sentimientos de que no todo estaba tan bien, y había que discernir, en sentimientos de insatisfacción, en preguntas nuevas que casi no podíamos formular con claridad.

La noche y el silencio nos ayudaron, misteriosamente nos despertaron. Fueron invitaciones a bajar del atropello y a empezar a escuchar. Porque en la noche se escucha todo, sobre todo cuando no se puede dormir. Se escucha el llanto de los niños, el caminar de los borrachos y de los drogados, así como la brisa que mueve levemente la cortina, el gemido del enfermo, la gota de agua y el Espíritu que pasa. La noche nos ayudó a esperar, no a decidir, pero sí a empezar a percibir al Espíritu Santo y tratar de separarlo de otros espíritus que engañaban y no daban futuro. Nos ayudó a darnos cuenta de los otros, y del Otro.

Caminamos entonces, con el mundo, de la extraversión a la introversión: los religiosos volvimos a la oración, a la escucha; surgieron las vocaciones, era otro tiempo, otra sensibilidad. Las vocaciones son el milagro de la época, el rostro de Dios presente entre nosotros, la prueba mejor y sorprendente, no solo de su existencia, sino también de su amor, su bondad y su cercanía: de su deseo y capacidad de enamorar y enamorarse. Son también prueba de la hondura y la grandeza del corazón humano, cuyo fondo sediento solo ese Amor Absoluto conoce, toca, llena.

Caminamos, también con la cultura, los nuevos y no tan nuevos caminos de la psicología, hasta psicologizar la espiritualidad. Junto a muchos bienes, también aquí hubo ideología, psicologismo, con el peligro de perdernos en las telarañas del egocentrismo.

Caminamos también de la radicalidad a la tolerancia. Nos dimos cuenta que hay que respetar. Sólo que a veces la tolerancia fue erróneamente el primer paso para considerar que todo da lo mismo, a ser tímidos en el anuncio, a desvalorizar la misión. A veces se nos perdió la verdad como valor.

Caminamos con la privatización de la vida y la globalización del mundo. Nos volvimos demasiado normales. Como todos. El genuino interés por inculturarnos terminó muchas veces en mimetizarnos. Entonces, ¿para qué ser religiosos? ¿Para qué los religiosos?

Son muchas las causas de las deserciones, de la timidez y la tibieza, pero una de ellas es perder el sentido. Ser tan igual a todo el mundo, que entonces surge fuerte y tentadora la pregunta sobre el sentido de la con-

sagración. La consagración que es respuesta no tanto al “para qué” sino mucho más al “a causa de qué” somos religiosos.²

Porque a la vez el pasado y el futuro perdían valor, y se hipostasiaba el presente. Entonces para qué la historia, para qué los proyectos, si lo que importa es sentirte bien hoy. Es la enfermedad del milenio, mientras se nos caen las nuevas babeles, y los imperios empiezan a mostrar el barro que calzan. Enfermedad que arrasa con matrimonios y con países. También con vocaciones genuinas.

Todo esto mientras el mundo seguía exigiéndonos: nos sigue exigiendo profesionalizarnos, estar presentes, nos urge a dar la paz, a enjugar las lágrimas de tantos rostros, a asegurarles que el amor es posible aún hoy, a estar cerca, a mostrar que Dios está cerca (no solo a “decirlo”, sino a “mostrarlo”) y nos consuela y nos salva. El mundo nos exige sanar, educar y sobre todo: celebrar y consolar.

4. La crisis de los 40 en este cambio de época: una encrucijada hacia el final del invierno

El final del invierno es siempre una encrucijada para la naturaleza, la encrucijada de nuestro agosto. También para los seres humanos: decían nuestros abuelos que había que “pasar el agosto”. Es el momento en el que los grandes seres vivos o las pequeñas plantas deciden si volver a brotar otra vez, o quedarse secos: la encrucijada entre la vida y la muerte; la crisis que supone toda cruz.

Miramos sin embargo este momento con la perspectiva pascual, en la que el cruce de caminos se ha resuelto para siempre en misericordia y en esperanza. Pero también queremos marcar algunos rumbos que hoy se le abren para que la vida religiosa salga de la crisis con más posibilidades de futuro; caminos y rumbos que se inscriben en el marco más amplio y de las encrucijadas de la Iglesia y de nuestro mundo. Desde el corazón de la cruz nos parece avizorar estas flechas que marcan sendas y alimentan brotes.

2. “En la raíz de cada vida religiosa auténtica encontramos como motivación primera y omnicomprendida no un “para”, sino un “a causa de”. Y el objeto de este “a causa de” no es otro que Jesucristo”, J.M.R. TILLARD, *Carisma e sequela*, Bologna, EDB, 1987, 54. Cit. en: P. CHÁVEZ, “Tú eres mi Dios, fuera de Ti no tengo ningún bien”, *Vida religiosa*, vol. 94,6,70

4.1. *La perspectiva de los pobres y la pobreza*

El rostro de los pobres, o sus manos que buscan en la basura, o su desarmada cercanía, o su necesidad, o sus dramas siguen haciéndose cargo de nuestra radicalidad. Siguen despertando lo mejor de nuestro seguimiento de Jesús. Nos señalan la verdadera felicidad. Nos recuerdan que vale la pena perder la vida ya que sólo así la encontramos. Nos alertan a las preguntas importantes y nos ayudan a no dejarnos enredar por los engaños de la riqueza o la frivolidad. Es difícil estar con los pobres, pero ahí está Jesús. Es duro ir a los pobres, pero por ahí se nos muestra el Camino. A pesar de los engaños, equivocaciones o exageraciones a las que puede haber llevado la opción por los pobres, sigue siendo un espacio limpio donde caminar el seguimiento radical de Jesús, sigue cuidando el sabor de nuestra sal.

Esta opción hoy está desafiada de diversas maneras. Por un lado parece ser patrimonio de Ongs y voluntariados de diversa índole. Que de alguna manera nos despiertan y cuestionan, pero donde a ratos pareciera que Jesús sobra. Por otro lado esta preferencia vuelve a ser el reverso obligado y falsamente consolador de una sociedad enormemente injusta: un reverso que confirma la exclusión a la vez que trata de hacerla menos dramática. En otro sentido aún, muchos jóvenes hoy se resisten a una vida dura, al riesgo, al compromiso permanente, a la pérdida de las seguridades: pero la inseguridad y el riesgo son patrimonio de los pobres y de quienes están con ellos. La pobreza es a primera vista fea. Y fácilmente huimos de lo que parece herir nuestros sentidos.

Sigue habiendo, sin embargo, muchos corazones generosos, animados por el Espíritu de Jesús, manso y humilde, obediente al Padre y disponible, cuya fórmula del amor consiste en dar la vida. Este compromiso con los pobres sigue marcando rumbos de vida. Porque allí está Jesús, porque en ella se hace visiblemente presente en nuestro mundo hambriento de Presencia y de Salvación, y porque esa opción cuida y alimenta nuestra radicalidad.

Sin olvidarnos de la pobreza personal y comunitaria, que defiende la calidad de la consagración, es “firme muro de la religión” cuando la “amamos como madre”, nos recuerda San Ignacio³.

3. Sumario de las Constituciones, Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, 23, 24

4.2. *La perspectiva de la visibilidad*

Esta vida no es “religiosa” para ser visible, pero si no es visible no es vida religiosa. El tema se enmarca en un desafío mayor que tienen hoy la Iglesia y las confesiones cristianas, así como las religiones en general y la civilización humana: el desafío de la presencia o la ausencia de Dios en la vida pública, el desafío de su palabra o su silencio, de su compañía o de la orfandad, no solo en la vida privada o en el corazón de cada persona, sino también en la convivencia social, en los espacios que no son privativos de algunos grupos sino comunes a los pueblos o las naciones. Cómo puede Dios, o lo religioso, presentarse en los espacios públicos, sin que esto suponga imponerse, sino simplemente proponerse, hacerse presente, de alguna manera, como nos proponemos o presentamos las personas y los grupos humanos, como proponemos o presentamos a personalidades del presente o del pasado.

El tema tiene un marco más amplio aún, más profundo: plantea si podemos los seres humanos fundar una convivencia social, que sea convivencia y no contra-vivencia, que dé pie a la paz y no a la guerra, que garantice los derechos y deberes de todos y no de algunos, sin la referencia a una autoridad superior a nosotros mismos, sin un Dios que nos regule y nos garantice. Es un tema que a la larga habrá que proponer, aún sabiendo que se hace mucho más difícil por el tremendo lastre, la tremenda deuda que han supuesto, a lo largo de la historia, y hoy mismo, las guerras de religión, las matanzas y las injusticias hechas en nombre de Dios.

En este marco tan ancho, largo y profundo, se inscribe la humilde pretensión de visibilidad de la vida religiosa. La pequeña capacidad de significar y la capacidad de significar desde la pequeñez, que hay Alguien que nos acompaña, que está cerca, que nos salva y nos consuela, que no solo nos promete la vida eterna, sino que empieza a dárnosla ya ahora. Pequeñas presencias que cuiden, que calmen, que conviertan las promesas en realidades menudas pero concretas, colaborando con otros que desde otras visiones luchan también por un mundo más humano. Gestos chicos la mayoría de las veces, que señalen una Vida que es más fuerte que la muerte, un Padre que perdona siempre y que abre caminos, un Jesús que sana y que llama, un Espíritu que consuela y anima, un amor que perdura.

Los procesos secularizadores ayudaron a la civilización humana a comprender mejor la Creación de Dios, la generosidad con la que puso el mundo en nuestras manos. Pero luego, la secularización que no preten-

día echar a Dios de la vida, terminó muchas veces negándole carta de ciudadanía entre nosotros. La exclusión, como deporte o como proyecto, alcanzó también a Dios.

Desde el Vaticano II la vida religiosa intentó y logró hacerse más humana, más normal. Porque en Jesús Dios se hizo hombre y puso su carpa entre nosotros. Pero Jesús no dejó de ser Dios, al venir a habitar nuestro mundo, ni dejó de mostrarse discretamente como Dios. En la encarnación hay una voluntad en Dios de decirse, una voluntad de significarse, un hacerse lenguaje que se entiende porque es humilde y no asusta, pero que lo pronuncia a Dios, que es Palabra y cercanía de Dios. A los religiosos nos ha faltado muchas veces este aspecto de la encarnación: por la honesta intención de mostrar que el idioma de Dios no es la solemnidad sino la sencillez, no supimos señalar que el más sencillo de los seres es el Todopoderoso, y que la única mansedumbre que no afloja es la del Corazón de Dios; como en una especie de nestorianismo, o de arrianismo moderno. Hemos tenido éxito en hacernos humanos, en mostrarnos normales, pero hemos fracasado en mostrarnos como religiosos, como consagrados; fracasamos en mostrarnos como existencias tan absolutamente tocadas y tomadas por Dios, que estamos más contentos como célibes, podemos prescindir de la libre disposición de los bienes, y estamos disponibles para donde haya que ir a mostrarlo cercano y misericordioso.

4.3. *La perspectiva de acompañar a los jóvenes*

¿Por qué a los jóvenes?

Hay una razón de “sintonía”: porque paradójicamente los jóvenes en algo se parecen a la vida religiosa. Ellos son también la caja de resonancia de lo mejor y de lo peor de las culturas y las civilizaciones. Son más ingenuos y más fuertes en la debilidad. Ubican sus inquietudes en la búsqueda de las grandes preguntas y las grandes respuestas de la vida. A ellos preferentemente habla Dios con sus Palabras que llaman, que vocacionan, que proponen el sentido y el destino único de cada persona. Ellos, en fin, por naturaleza y casi inconscientemente nos van señalando el futuro.

Hay una razón de “coyuntura”: porque los jóvenes sufren hoy la desorientación típica de esa sensibilidad posmoderna, para la que sólo existen los “pequeños relatos”. Pero los “pequeños relatos” no pueden iluminar las grandes preguntas que más pronto o más tarde nos hacemos

todos los seres humanos. Los pequeños relatos confortan el alma y hasta la divierten, pero también la dejan insatisfecha.

Y hay aún otra razón más “de coyuntura”: que entra en ese actual clima de desorientación que los jóvenes perciben especialmente. Consiste en que con frecuencia no logran ni siquiera hacerse las grandes preguntas. Y tapan la insatisfacción del alma con una multiplicidad de drogas que la civilización nos ofrece: desde el ruido a la marihuana, desde la búsqueda insustancial del placer al vivir hipostasiando el momento, negando el pasado, cerrando los ojos al futuro.

En esta coyuntura los jóvenes necesitan quien los acompañe en la búsqueda, en su fondo apasionado o deseoso de pasión, tanto como en la superficie de lo que los adornece. Los jóvenes necesitan quien los escuche y “pierda tiempo” con ellos, con oídos que están capacitados por la propia existencia y por las propias opciones, de sintonizar más allá de la superficie, con las ondas que emite el fondo de sus corazones jóvenes. Quien les muestre las señales que llevan a la luz y a la vida, sobre todo quien los anime a seguir caminado y a discernir, sin ahogar las voces interiores y externas que los llaman, las voces en las que ellos pueden escuchar la Voz.

4.4. *La perspectiva de ser comunidades eucarísticas, que comparten la vida y la misión*

Porque la señal inequívoca de que aquí solamente Dios reina, es la de “miren cómo se aman”. Porque vivimos un mundo que se bandea entre individualismos desgarrantes,⁴ soledades impías⁵ y violencias terriblemente crueles y racionalmente justificadas.⁶ Porque la humanidad necesita imperiosamente quien muestre que somos hermanas y hermanos más allá de los vínculos de la nacionalidad, del sexo, del género, de la cultura, de las ideas, y porque en esto consiste el Reino: en que *el amor es más fuerte*.

4. En inmensos edificios no sabemos quién vive a nuestro lado, qué necesita...

5. En Francia mueren, en un verano de mucho calor, 15.000 ancianos, que no tuvieron quién les diera de beber. No eran necesariamente pobres en sentido económico.

6. Las guerras de Afganistán, de Irak, los terrorismos... y la terrible violencia doméstica, cuyos destinatarios preferentes, aunque no únicos, parecen ser, en orden de gravedad: las niñas, las mujeres, los niños.

Pero “esta fraternidad se anuda desde arriba”, “el hombre moderno no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, porque busca una fraternidad sin centro ni origen común”.⁷ El voluntarismo, el buen deseo no alcanza. La vida consagrada tiene que retomar este camino de *la comunión desde la Comuniór: la comunión vivida y testimoniada* porque nos es dada diariamente en la Eucaristía, donde el Señor, renovando su alianza con la humanidad, vuelve a anudar nuestros vínculos siempre amenazados de infinitas debilitaciones y roturas. La comunión vivida primero como don, luego como tarea, y también como misión y testimonio, que sana desde la pequeñez las quebraduras de nuestras familias y nuestras sociedades.

Es cierto que hay una sensibilidad posmoderna que desea y busca el estar juntos; pero los vínculos humanos son hoy tan frágiles, tan del momento, que la comunidad se convierte en un desafío y un reclamo: hacia adentro y hacia afuera de la vida religiosa: la comunión de la propia comunidad y la comunión con los otros miembros de la iglesia, también con los miembros jerárquicos, así como la comunión incansablemente testimoniada, sembrada, cuidada y esperada entre todos los seres humanos, los próximos y los lejanos.

4.5. *Apasionadas y apasionados: una vida religiosa “que no anteponga nada al amor de Cristo”,⁸ o el irresuelto tema de la identidad*

Después de 40 años seguimos preguntándonos acerca de la identidad de la vida religiosa. Siguen publicándose obras, textos, artículos, libros, sobre el tema. Fue tratado por el Sínodo de los Obispos de la Iglesia, y por bastantes documentos papales y vaticanos, entre los que *Vita Consecrata* podemos decir que ha sido el más importante de los últimos (Juan Pablo II, 25 de marzo de 1996): el Papa lo escribe porque quiere “presentar en esta Exhortación Apostólica los frutos del itinerario sinodal” (4). Otra instancia importante tuvo lugar en Roma en el 2004: el *Congreso internacional de la vida consagrada*, con la participación de 865 personas consagradas, procedentes de todo el mundo.⁹

7. III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, Puebla, 1979, 247,241.

8. BENEDICTO XVI, Carta a Mons Marc Rodé, en el 40° aniversario de *Perfectae Charitatis*, 27 de septiembre 2005 (bajado de la página de Internet del Vaticano).

9. 95 personas de África, 250 de América, 92 de Asia, 16 de Oceanía y 394 de Europa, *Pasión por Cristo, Pasión por la humanidad*, Buenos Aires, Claretiana, 2005, 351

Han surgido de hecho en la Iglesia, a lo largo de sus 2000 años, formas múltiples de vida consagrada. Que hablan por un lado de la fascinación que produce en las personas humanas la figura de Jesucristo y su llamado al seguimiento; por otro, de la fecundidad inasible de la gracia que su Espíritu Santo provoca y da en esos llamados; y en fin, también habla de lo difícil que es encuadrar en palabras y formas precisas esa diversidad, la explosión de vida que provoca en la Iglesia la pasión por Jesús, y la compasión que Él despierta ante el dolor y la necesidad de los seres humanos, nuestros prójimos. Una muestra significativa de esta diversidad son los siguientes datos: en los documentos del Vaticano II para hablar de la vida consagrada se la nombra como “vida religiosa”, y a las personas que siguen ese modo de vida, como “los religiosos”. 18 años después, cuando se publica el nuevo Código de Derecho Canónico, la Iglesia utiliza como término más preciso para referirse al seguimiento radical de Cristo el de Vida Consagrada, dentro de la cual se inscriben una diversidad de formas. El documento *Vita Consecrata* sigue más bien la nomenclatura –como se ve en sus primeras palabras-, y de alguna manera también la clasificación del Código. Pero expresándolo de manera algo diferente. Al nombrarlas sintéticamente dice:

“Damos gracias por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares y por otros grupos de consagrados, como también por todos aquellos que, en el secreto de su corazón, se entregan a Dios con una especial consagración” (2)

El mismo documento, en cambio, cuando mira “la obra del Espíritu en las diversas formas de vida consagrada” que “aparecen como una planta llena de ramas que hunde sus raíces en el Evangelio y da frutos copiosos en cada época de la Iglesia”, (5, cf. LG 43), hace una categorización más precisa y algo diferente:

- La vida monástica (en oriente y occidente, cenobítica y eremítica (6))
- El Orden de las vírgenes, los eremitas, las viudas (7)
- Los Institutos Contemplativos (8)
- La vida religiosa apostólica (dentro de la cual incluye a los Canónigos regulares, las Órdenes mendicantes, los Clérigos regulares, y las Congregaciones religiosas (9))

- Los Institutos seculares (10)
- Las Sociedades de vida apostólica (11)
- Nuevas formas de vida consagrada (12)

Estos datos hablan de la dificultad de definir con precisión las formas de vida carismáticas de personas consagradas, y de la variedad de sus identidades.

A la vez, quien lee detenida y serenamente esta Exhortación apostólica tiene la impresión de que la mayor parte del texto se refiere a la identidad, las inquietudes, las actividades y los problemas de la Vida religiosa apostólica. Pareciera que es esta forma de vida la que condensa la mayor dificultad de definir su identidad en este momento de la historia de la Iglesia.

Otra vez sentimos que “los religiosos” somos hoy como una caja de resonancia de los mejores y de los peores frutos del Concilio Vaticano II; en la vida religiosa parece que se condensan los elementos más vitales, más luminosos y fecundos, pero también los más ambiguos e inciertos de los frutos del Vaticano II.

Teniendo todo esto en cuenta, queremos ahondar en esta perspectiva última de la vida religiosa a los 40 años del Concilio, perspectiva a la que vamos a dedicar un último apartado.

5. En esta encrucijada epocal, la flecha que señala hacia la identidad de la vida religiosa es su perspectiva más luminosa

La afirmación más polémica de *Vita Consecrata* habla de su “excelencia objetiva”.

Y el dato sociológico más urticante de la experiencia actual de la vida religiosa es el bajo número de las vocaciones y su difícil perseverancia.

Podemos asociar ambos elementos, y proponer la hipótesis siguiente: si atendemos más explícitamente al primero, el segundo irá siendo resuelto por añadidura.

5.1. *Excelencia objetiva, perfil de Jesús y santidad*

Compartimos la opinión de que “repensar el status teológico de la vida religiosa es uno de los desafíos más grandes que deben afrontar los reli-

giosos y las religiosas hoy”.¹⁰ Otras búsquedas han hablado de “refundar” la vida religiosa, expresión muchas veces discutida, aceptada por unos (sobre todo en Latinoamérica), pero no por otros (en general europeos).

Es importante ubicar el contexto y las expresiones completas donde se utiliza esa frase. *Vita Consecrata* habla de dicha “excelencia” cuando quiere indicar la consistencia teológica de la vida religiosa, en el marco de las otras formas de vida en la Iglesia; lo hace en dos ocasiones:

“Su forma de vida casta, pobre y obediente, aparece como el modo más radical de vivir el Evangelio en esta tierra, un modo, se puede decir, *divino*; porque es abrazado por Él, Hombre-Dios, como expresión de su relación de Hijo Unigénito con el Padre y con el Espíritu Santo. Este es el motivo por el que en la tradición cristiana se ha hablado siempre de la *excelencia objetiva de la vida consagrada*” (18).

A lo largo de la historia, los diversos intentos que se fueron dando de vida consagrada tuvieron en su inicio una motivación cristológica: el deseo de reproducir plásticamente, de la manera más realista posible, la forma de vida que tuvo Jesús en esta tierra. Hay un vínculo directo con la existencia histórica del Hijo del hombre. Sin negar que toda vida cristiana es seguimiento de Cristo, sin embargo, la suya tuvo características que no todas las personas pueden reproducir, y que se han expresado, ya sea en la forma de “los consejos evangélicos” y los votos, ya sea con diversos adjetivos que indican totalidad, cercanía, radicalidad: dejarlo todo, seguir más de cerca, vivir más radicalmente, por ejemplo.

El otro texto dice:

“Como expresión de la santidad de la Iglesia, *se debe reconocer una excelencia objetiva a la vida consagrada*, que refleja el mismo modo de vivir de Cristo. Precisamente por esto, ella es una manifestación particularmente rica de los bienes evangélicos y una realización más completa del fin de la Iglesia que es la santificación de la humanidad” (32)

Queda claro que ni la Exhortación apostólica, ni nosotros, buscamos quién es “más”, sino “qué es” la vida consagrada dentro de la Iglesia. Este segundo texto funda dicha *excelencia objetiva* en la *expresión de la santidad de la Iglesia*. Y el motivo es que la santidad tiene el Rostro de

10. P. CHÁVEZ, “Tú eres mi Dios, fuera de Ti no tengo ningún bien”, *Vida religiosa*, vol. 94, 6,71; cita a O’MURCHU, *Rehacer la vida religiosa. Una mirada al futuro*, Madrid, Pub. Claretianas, 2001, 67.

Cristo. Se habla de la santidad y se habla del Rostro. Se habla de calidad de vida que es don, la santidad, fruto de una particular inmediatez con la vida de Dios; y se habla de expresar esa vida, de pro-fetizarla, de pronunciarla, de pro-ferirla, que es lo que tradicionalmente se indica cuando se habla de la *profesión pública* de los *consejos evangélicos*.

Con esto queremos afirmar que la identidad de la vida consagrada, y más concretamente de la vida religiosa (que pareciera ser la forma más en crisis en estos momentos) hemos de buscarla por estos dos caminos: por el camino de expresar de manera concreta, sencilla y clara la forma de vida que tuvo históricamente Jesús, como “apostólica vivendi forma”, como “la vida *evangélica* que vivió y propuso el Maestro divino, testimoniando el Evangelio como realidad siempre viva”¹¹ Y por el camino de indicar más objetivamente la santidad de la iglesia y su misión de santificar a la humanidad.

Entrelazando los hijos de lo reflexionado hasta ahora, queremos proponer algunos aspectos que hacen a la realidad y al proyecto, al presente de lo que estamos viviendo, y a los caminos que nos parece aportan una luz y una mayor posibilidad de vida en abundancia. Teniendo en cuenta que buscamos la identidad de la vida religiosa por esas dos líneas: la *vida evangélica* que tiene la “forma de Cristo, su perfil”, y la expresión más concreta de la santidad de la Iglesia, parábola de la santidad (no propia, sino de Dios y de la Iglesia), que renuncia a privatizarse para ser *de todos, de la comunidad humana*.

5.2. Una identidad más ontológica que funcional

De alguna manera, la vida religiosa apostólica nace con la pauperización de grandes grupos de los pueblos, en momentos culturales en los que a la vez se agudiza la secularización de las sociedades civiles, y aún su secularismo. En la historia de Occidente son contemporáneos los secularismos y la pauperización de grandes masas de personas.

Las comunidades religiosas surgen como la respuesta compasiva de Dios al dolor de su pueblo: como Jesús que se hace nuevamente presente cuidando a los desposeídos, luchando por su dignidad devaluada, atendiendo a los enfermos, haciéndose cargo de los niños y de los ancianos, promoviendo la dignidad de las mujeres, educando más integralmente a

esos grandes grupos sociales. Por cierto, la educación es siempre el don más justo e integral que se hace a los pobres; ya que es don que capitaliza su promoción y su futuro; es hacerles posible un derecho, devolverles lo que les permite ejercer como sujetos, a partir de lo cual, aún los niños más pequeños empiezan a ser “sujetos de su propio desarrollo” (PABLO VI, *Populorum Progressio*, 20).

En el hoy de los siglos XX y XXI, no han mermado las necesidades de la gente. Pero por un lado, la atención a estas urgencias e importancias implica una profesionalización cada vez mayor de las tareas. Por otro lado, los estados y otros grupos civiles se hacen cargo de cubrir esas necesidades, por lo menos parcialmente, o con presencias cada vez más efectivas.

Debido a ese proceso, hoy los religiosos con frecuencia somos considerados más por lo que hacemos que por lo que somos. Somos buenos educadores, enfermeros, asistentes sociales, pero que ya sea por la profesionalización, ya sea porque buscamos también otros impactos, sentimos con frecuencia que no somos reconocidos tan fácilmente como “testigos del Dios cercano, todopoderoso y compasivo”. Buenos profesionales y no tan buenos religiosos. O bien, que las exigencias de las tareas y las profesiones ahogan la libertad del Espíritu, el gozo de ser consagrados, la disponibilidad incluso, el poder vivir comunitariamente, cuando no la oración o la unidad de la vida.

Estas exigencias desdibujan nuestra capacidad de ser, antes que nada, presencia patente de Jesús, de la santidad de la Iglesia, de la compasión de Dios y la gratitud del Espíritu Santo. Esta transparencia empañada pide que los religiosos volvamos a centrarnos en seguir a Jesús anteponiendo a todo lo demás esta existencia sencilla, disponible, pobre, enamorada y vivida en una misión común y compartida. Hay que volver a preguntarse qué es lo que nos hace concreción de Jesús, presente y visible en medio de su pueblo, Jesús revestido con el estilo de las bienaventuranzas que conforma la santidad y de quienes lo siguen para que puedan señalar a todos la vida eterna.

La constante pregunta de cómo responder a las necesidades de nuestros hermanos fácilmente nos lleva a una trampa, nos desgasta, y expresa un sentimiento de omnipotencia. La pregunta no es cuáles son las necesidades de nuestros hermanos y hermanas, sino qué quiere Dios de nosotros. La tarea es discernir de qué manera podemos ser presencia de la alegría y la compasión de Dios: un poco, en algún lugar, con alguna tarea, pero siempre con gozo y con paz, con la señal de Jesús, sencilla y comu-

11. JUAN PABLO II, Audiencia general del 8 de febrero de 1995, 2.

nitariamente. Compartiendo este don también con otros miembros de la Iglesia, con otros consagrados, con otras personas de buena voluntad.

Los religiosos necesitamos desprendernos de las preguntas y las inquietudes que seguimos proponiendo y escuchando hace 30 años: estamos en otra época, los planteos setentistas nos arrastran hacia atrás, nos frenan para adelante y nos impiden vivir gozosamente el presente que el Señor nos pone delante. Seguimos criticando, en muchos de nuestros discursos, la vida consagrada anterior al Vaticano II, que es claramente obsoleta y que ni la queremos ni existe; esta crítica es un lastre que nos impide autoevaluar el camino hecho en estos 30 años y ver pequeñas o grandes luces que señalan el futuro en esta encrucijada epocal. L@s religiosos@s tenemos la gran deuda de *evaluar* lo hecho y caminado en estos 40 años, requisito inexcusable para salir con vida nueva de la crisis.

El continuo cuestionamiento de lo anterior y la repetición constante de que buscamos lo nuevo parece llevarnos frecuentemente a celebrar la duda y la inseguridad. Nada que valga la pena se edifica así, y nadie se entrega a una vida que dice dudar de hacia dónde va, o que quiere refundar algo que no sabe expresar con una claridad que aunque sea precaria tiene que ser suficiente. La duda metódica no convence a nadie, y además es triste. Nosotros queremos en cambio afirmarnos sobre la belleza de Dios, sobre las certezas, las pequeñas certezas que tenemos y que son expresiones de totalidad; pequeñas certezas que son raíces hondas de verdad y de bien, cimientos para muchos pisos, ágiles y flexibles, capaces de aguantar los cambios y los cimbronazos, capaces de ir sosteniendo nuevas construcciones o el reciclado de las antiguas, y muchos tipos de gentes.

5.3. Mujeres y hombres de Dios, fácilmente identificables

“Se han ido abandonando los rasgos sociales de pertenencia, como el hábito, las estructuras, las costumbres, el lenguaje, un modo característico de presentarse ante la gente; se evitaba ser reconocidos y aparecer diferentes. Se consideraba importante la invisibilidad y el dejar sepultado el tesoro (cf. Mt 13,44) Pero si la misma vida consagrada niega ser signo visible de algo, ¿qué sentido tiene? Por esto hoy se habla tanto de la necesidad de recuperar un lugar en el mundo y en la Iglesia a través de su visibilidad, por medio de la cual aparecen “los rasgos característicos de Jesús”.¹²

12. P. CÁVEZ, op. cit., 74. Cita VC 1.

Seguir a Jesús supone *aguantar la visibilidad*, que a veces cae bien y otras no tanto. No se puede ser religiosos sin ser profetas, y no se puede ser profeta y caer bien a todo el mundo. Lo que importa es ser fieles y claros transmisores de una Presencia renunciando a la solemnidad y al poder; eligiendo la sencillez y el servicio, la alegría, el amor gratuito y la comunión como los lenguajes que dicen a Dios más claramente. Jesús quiere seguir haciéndose patente en nuestro mundo huérfano, en nuestras vidas personales, y también en nuestras comunidades e instituciones. Es duro ser personas públicas. No tener, de alguna manera, vida privada. Puede ser gratificante a veces, pero otras muchas, desgastante o conflictiva. La nuestra es una vida que tiene su propio sustento porque “en la mirada de Cristo, «imagen de Dios invisible» (Col 1,15) se percibe la profundidad de un amor eterno e infinito que toca las raíces del ser” (VC 18).

En este camino de ser testigos del Absoluto, aunque lo seamos con humildad, con temor y temblor, las personas esperan de nosotros las palabras y los gestos que los inicien en la oración, que abran espacios a lo propiamente religioso.¹³ Porque “el hecho de que todos sean llamados a la santidad debe animar más aún a quienes, por su misma opción de vida, tienen la misión de recordarlo a los demás” (VC 39)

5.4. Parecerse a Jesús en el don gratuito de la vida y la misión

El seguir a Jesús supone aguantar, pero también gozar, la eficiencia de la gratuidad o la utilidad de lo in-útil.

Los religiosos seremos siempre profesionales en segundo lugar. Primeramente somos y estamos para vivir un amor hasta el extremo que no necesariamente se despliega en servicios eficientes. La eficiencia no puede ser nunca el primer valor. Nuestros hijos lo son desde el corazón. Nuestra lógica consiste precisamente en el regalo, en el don, en lo que no se puede demostrar. Nuestra ley es amar a quien no podrá fácilmente retribuirnos. Profesionales del Absoluto. Testigos del Invisible. Capaces de conmovernos más ante quien menos puede pagarnos. Hemos apostado a la eternidad, y sin embargo queremos que Jesús se haga presente en estos simples gestos de la castidad, la pobreza y la obediencia.

13. “Esto ha significado que hoy, en monasterios y centros de espiritualidad, monjes, religiosos y personas consagradas pueden ofrecer fieles oasis de contemplación y escuelas de oración, educación en la fe y guía espiritual”, BENEDICTO XVI, loc. cit. Cf. *Vita Consecrata* 39.

¿Cuánto dura normalmente la pasión? ¿Cuánto dura el enamoramiento? Y sin embargo, la razón de nuestra vida es vivir de una pasión que perdura, que traspasa los límites “normales” del tiempo que desgasta, del silencio que impacienta. Porque la vocación a la vida consagrada nace únicamente de sentirse amado apasionadamente por Jesús, y de la convicción misteriosamente reconocida, de que solamente Jesús, con el Padre y en el Espíritu, tocan las fibras de nuestro ser con un amor que no muere, con una pasión muy difícil de olvidar.

La gratitud es también el amor que perdura. Un fuego encendido por Quien toca la historia y cada corazón humano desde su eternidad. Un fuego que está vivo porque tiene su fuente en la gracia de Dios, cuyas brasas siguen quemando siempre,¹⁴ brasas que “llevamos dentro de nosotros mismos, pero no para nosotros mismos”.¹⁵

5.5. Una identidad más comunitaria que individual

¿De veras la comunión es posible? ¿Es realmente el Dios de Jesús Trinidad? Nuestra identidad está hoy fuertemente cuestionada por un individualismo que lo invade todo. La primera señal de una vida consagrada es la que más nítidamente muestra a Jesús: “miren cómo se aman”. La segunda señal es la alegría. Detrás de la comunidad y la alegría tiene que aparecer el rostro de Jesús presente entre nosotros. El mito de la realización personal, el otro mito de la especialización y la profesionalización (que son mitos cuando se convierten en señores), el mito de la vocación personal (que lo es cuando se la hipostasía) son otras tantas tentaciones. La comunidad es convivencia, es también misión compartida, es capacidad de pedir perdón y de perdonar, es posibilidad de amarse cotidianamente más allá de las diferencias de edad o de cultura. La comunidad es también servicio de comunión y reconciliación. Es posibilidad de trabajar en equipo y de generar proyectos compartidos, entre los miembros de la comunidad y con otras personas también. Es ser personas y comunidades de Iglesia, es relaciones humanas cuya calidad es alimentada, corregida y configurada diariamente en la Eucaristía. Es no esperar que todos sean inteligentes, o simpáticos, o hábiles, o sanos. Pero todo vivido como

14. Cf. J. CHITTISTER, OSB, “El fuego en estas cenizas”, *Espiritualidad de la vida religiosa hoy*, Santander, Sal Terrae, 1998

15. I. IGLESIAS, SJ, “Preguntas a la vida consagrada” 2, Bilbao, Mensajero, 2000, 38.

muestra de personalidades identificadas también consigo mismas. No serían testigos de la Trinidad comunidades de iguales. Madurar con nuestras diferencias y características personales es también signo de un Dios que es Amor. Reconocernos en nuestra personalidad única es también mostrar el misterio de la Trinidad que nos configura.

La comunidad es lugar privilegiado de la *forma Christi* de la vida religiosa. Un perfil cristológico que tiene que traducirse en las maneras concretas de vivir y compartir. En cómo vivimos y compartimos la convivencia, la vivienda, el vestido, las costumbres sanas:

“No se debería menospreciar la importancia del medio ambiente, tanto en la orientación habitual de todo el ser, tan complejo y dividido, como en la integración espiritual de sus tendencias... Muchos estaréis obligados a conducir vuestra existencia en un mundo que tiende a desterrar al hombre de sí mismo y a comprometer a la vez su unidad espiritual, su unión con Dios... ¿Quién no ve toda la ayuda que os ofrece para llegar a esa unión, el ambiente fraternal de una existencia regulada, con sus normas de vida libremente aceptadas...? En la perturbación presente, los religiosos deben dar testimonio de ese hombre unificado, al cual... la adhesión vital al Dios viviente ha realmente unificado y abierto, mediante la integración de sus facultades, la purificación de sus pensamientos, la espiritualización de sus sentidos y la perseverancia de su vida en Dios...

Aún siendo imperfectos, como todo cristiano, os proponéis sin embargo crear un ambiente apto para favorecer el progreso espiritual de cada uno de los miembros. ¿Cómo se puede llegar a esto, si no es ahondando en el Señor vuestras relaciones con vuestros hermanos, aún las más ordinarias? La caridad, no lo olvidemos, debe ser como una activa esperanza de lo que los demás pueden llegar a ser gracias a nuestra ayuda fraterna... Es indudable que el espíritu de grupo, las relaciones de amistad, la colaboración fraterna en un mismo apostolado, como también el apoyo mutuo en una comunidad de vida, elegida para mejor servir a Cristo, son otros tantos coeficientes preciosos en este camino cotidiano” (ET 33, 34, 39)

Hay que superar la primacía del yo que nos hace perder la *misión comunitaria*.¹⁶ Podemos disfrutar de una vida comunitaria basada más en la comunicación y el diálogo que en las estructuras, que rebase la convivencia formal, o la búsqueda de un hotel o el puro bienestar o tranquilidad personal; siendo signos de la vida futura entre nosotros, cuyo indicador fundamental es la de incluir a todos, hacia adentro primero, y también hacia afuera.

16. Cf. P. CHÁVEZ, SDB, op. cit. 75

5.6. *El rostro sobrecultural de las personas y las comunidades religiosas (normales pero no tanto)*

Aquella capacidad de pasión de la que hablamos más arriba, significa que no podemos perder la humanidad que nos dio el Vaticano II. Pero también que nuestra humanidad no puede ser solamente “normal”. Tenemos que ser normales pero diferentes. Humanos pero también divinos. Cercanos porque somos testigos del Trascendente. Libres pero también obedientes. Capaces de ternura porque no entregamos el corazón más que a Dios. Sencillos con todos, con los poderosos y con los pobres, pero prefiriendo siempre a los más necesitados, a los que más sufren. Bien formados, capaces de movernos con soltura en este mundo complicado, pero austeros y también pobres.

Si somos *tan* normales, perdemos el sabor de la sal del Evangelio, y el brillo de la luz que es Cristo, y no servimos para nada.

No necesariamente contraculturales: tenemos que ser críticos con todo lo que atenta contra la dignidad de Dios y de las personas humanas. Pero no necesariamente contraculturales, sino capaces de no mimetizarnos automáticamente con lo que el mundo ofrece de más fácil, de más amistoso, sino con la palabra que libera, con el pan que nos hace hermanas y hermanos de todos, con el gesto que no excluye a nadie, con la cercanía a los marginados, con la capacidad de arriesgar la vida, de jugarlos por los demás.

“Si la vida consagrada no sobresale por ninguna cosa, si no despierta sentimientos más profundos y recursos menos comunes, ¿para qué hacerse religiosos? Si los votos no tienen nada de extraordinario, de insólito, de “alocado”, ¿no será tal vez porque han sido reducidos a nuestra medida? Si la vida consagrada se ha instalado en la normalidad, quiere decir que ha perdido su fuerza profética; si hace de todo, pero nada en especial; si no anticipa nada mejor, ni anuncia ni denuncia algo, ¿para qué sirve?”.¹⁷

5.7. *Una cuestión de “más”*

Una pasión, en fin, que se compruebe en la compasión y en la santidad: en la santidad disfrutada como don, cuidada con cariño, buscada desde la cruz y compartida con la Iglesia y con la humanidad.

17. P. CHÁVEZ, SDB, op cit 74; cita a F.J. MALONEY, “Disciples and Prophets: A Biblical Model for Religious Life”, London, Darton, Longman & Todd, 1980, 155-170.

La vida consagrada es una realidad que podemos calificar como “adverbial”. Se define no por los sustantivos sino por los adverbios. Lo sustantivo de la vida consagrada está dado por la consagración del bautismo, la eucaristía y la confirmación. Esta forma de vida trata de radicalizar la consagración de los fieles cristianos, y por ello se concreta en la “excelencia objetiva” de una vida como la vivió Jesús y de la santidad de la Iglesia: recibida, compartida, comunicada. En la vida consagrada se juega una cuestión de “más”, de intensidad. Si para todos los cristianos la tibieza es un contrasentido, para la vida consagrada mucho más: es una pasión o no es nada: aunque también aquí tenemos que recordar que este camino de amor apasionado es un don mucho más que una tarea, y que no buscamos la *perfección* sino la *santidad*, que consiste ser mujeres y hombres de Dios y para los demás, en la desposesión de la vida y la alegría del Espíritu:

“Con Bergson, aceptemos la diferencia entre el héroe y el santo. El héroe es una persona a quien se reconoce su grandeza; su fuerza y su coraje le hacen realizar las acciones más audaces o las más peligrosas que su bravura ha podido sugerirle. La “grandeza” del santo es de otro orden muy distinto. Se define por el espíritu de las bienaventuranzas, según el cual el más grande es ante todo quien, en su pequeñez, se abre al don totalmente gratuito de Dios. No persigue el absoluto en la realización de sí mismo, pero sabe que Dios, solo y único absoluto, se ha inclinado sobre él con ternura para transformar su vida y ha tomado su dirección”¹⁸

Terminamos volviendo a la inspiración cristológica de toda comunidad y toda persona consagrada. Lo que hicimos, lo que dejamos, lo que arriesgamos sólo fue para *identificarnos con Jesús en su entrega total, en su obediencia filial, en su despojo y en su increíble capacidad de compasión*. La pasión es siempre encontrar o recobrar la alegría de ser totalmente de Jesús, que supone tanto la cruz como la resurrección. Este es el lenguaje que mueve y que conmueve, también a los jóvenes hoy.

MARÍA JOSEFINA LLACH ACI
01-10-2005

18. S. DECLoux, SJ, “¿Tiene sentido la vida religiosa?”, Bilbao, Mensajero, 1996, 97